

mientras en el primer punto son las doce del día, en el segundo son las cinco y quince minutos de la noche.

Este cuerpo colosal tiene tambien miembros colosales, que por sí solos como la Siberia, son mas grandes que toda la Europa. La Siberia es una superficie, que comprendiendo toda la parte Norte del Asia, linda en el Norte con el Mar Glacial, en el Sur con el Imperio Chino, la Tartaria libre y el rio Ural; y en el Oriente con la parte mas al Norte del Mar Pacifico. Su territorio pueda dividirse en dos clases. En el Poniente consiste en su mayor parte en inmensas llanuras, mientras su parte oriental en verdaderas serranías. Un perpetuo invierno reina en el Norte, donde el terreno no se presta al cultivo, en donde aun en el mes de Julio esta congelada la tierra casi desde un pié de profundidad; no hay mas vegetacion que bosques de pinos y está representada por una capa delgada de muzgo. Además de esto es la Siberia solo un inmenso desierto lleno de lagos y pantanos, de nieve y hielo impenetrable.

El silencio sepulcral y la monotonía de este horrible desierto no son interrumpidos, sino por el lúgubre graznar de innumerables aves que emigran, y la aparicion de manadas aisladas de renos silvestres, que vienen del Sur huyendo de la plaga de los moscos.

Notables son allí tambien las capas geológicas que en las elevadas riberas de los rios consisten en tierra y hielo alternativamente. De la profundidad de esta

### CAPITULO III.

#### Para la Siberia.

La Rusia, el coloso del Norte, contiene una área de 1.134,444 leguas cuadradas, con una poblacion de 55 millones de habitantes. El imperio gigantesco del czar tiene por consiguiente el doble de la área de toda la Europa, y es la sétima parte de toda la tierra habitada.

Ningun Estado de los tiempos antiguos y modernos equivale por consiguiente en extension á este imperio, de cuyo extremo occidental en Polonia, hasta la punta oriental de la Siberia en el estrecho de Behring, hay una distancia de 3,500 leguas; un espacio en el cual,



tierra congelada, extrae la mano del hombre troncos de árboles convertidos en carbon de piedra, y los huesos, frecuentemente todo el esqueleto de animales antidiluvianos, que enterrados en el hielo, duermen allí hace millares de años.

Sobre la tierra viven: antes, cevellinos, zorrros, armillos, glotones, osos y lobos.

Así es la *Siberia del Norte*. Menos horrible es la parte Sur del país, exceptuando los inmensos y terribles páramos, como el de Iehin y el de Barbinski.

¡Cosa original! En el Norte de la Siberia el hielo y la nieve blanquean el suelo, cubriendo con una capa calavérica estas inmensas regiones, y en el Sur está cubierto el terreno de espesas capas de sal. Aun en el verano brillan allí los páramos salinos donde la sal efflorece en la superficie. Por todas partes lagunas y fuentes salinas, en las cuales se aglomera la sal fuertemente hasta el espesor de un pié. Los habitantes son en parte de la tribu mongólica y en parte de la cáucasa. Son Kalmucos, Kirguizios, Tungusos, Buriotos, Soyotos, Jukagiros, Koriecos, Teluktehios, Bucaros, Barabintses, Teleutos, Beltirios, Biriuses, &c., todos pueblos salvajes sin civilizacion alguna, paganos que profesan el lamaismo y el culto de Chamanos. Aun el cristianismo, representado por los rusos, es allí una especie de paganismo.

*A este país habian emprendido el viaje Alejandro de Humboldt, Ehrenberg y Rose.*

El emperador Nicolás habia sido muy pródigo en sus favores; el ministro de *Cancrin* se excedió en cuidados para con el viajero y sus compañeros. Ante todo ordenó que les acompañase un minero, el administrador de minas de *Menschenin*, que conociendo los idiomas frances y aleman, les debia servir de intérprete y de guia. Fuera de esto habia contratado Humboldt un correo que tenia que pagar y prevenir los caballos en las diversas postas, así como un cocinero, funcionario indispensable en un viaje por aquellas regiones, porque ya desde *Moskowa* no hay hoteles ni fondas; en las postas dan licencia para preparar la comida cerca de las chozas ó en cualquiera otro punto. En las ciudades se obliga á los habitantes acomodados á recibir á los viajeros; que á su llegada tienen únicamente que dar aviso al jefe de la policia, que le señala la casa que le corresponde en turno; el dueño de la cual le cede un cuarto y dá el permiso de hacer la comida en la cocina. (1)

El conde *Cancrin* habia proporcionado á los viajeros tres coches nuevos de viaje; en todo el camino se habia dado orden por el emperador de considerar á *Alejandro de Humboldt* y á sus compañeros como á altos funcionarios del Estado; y en todos los puntos, desde las líneas

(1) Viaje de A. de Humboldt á la Rusia europea y asiática. Dr. H. Klenke, parte I., pág. 42 y siguientes. "Viaje mineralógico y geográfico al Ural, y el mar Caspio" de A. de Humboldt, G. Ehrenberg y G. Rose, parte I.



de los cosacos, debía acompañarlos una partida de tropa hasta la estación siguiente donde los esperaba otra escolta, y así en los demás puntos.

Bajo estos favorables auspicios, salieron el 20 de Mayo los viajeros de San Petersburgo. El camino pasa por Moskowa, cuya vista llenaba de sorpresa á los viajeros. La infinidad de torres con sus cúpulas doradas, la inmensa multitud de casas y las innumerables huertas y arboledas, daban á esta ciudad el aspecto de una ciudad oriental. Entonces conocieron que se hallaban en Rusia. San Petersburgo es solamente una ventana con buena vista, que había abierto Pedro el Grande para mirar hácia Europa y respirar el aire del Poniente. Empero Moskowa es el lugar sagrado, donde está el hogar de la conciencia nacional rusa.

Después de Moskowa pasaron por *Nischnei-Nowgorod* y *Kasan*, á cuyo lugar llegaron el 4 de Junio. Desde allí visitaron las ruinas de *Bulghari*, capital de la antigua *Wolga-Bulgharia*, y luego continuaron su camino hácia el Ural.

Era el 14 de Junio, cuando salieron de *Aschitskaja*. Después de haber abierto los coches, que durante la noche habían tenido cerrados, distinguieron á lo lejos una larga cordillera, que casi en línea recta se extendía en el horizonte oriental. Era el Ural, el límite entre Europa y Asia..... el Ural, en cuyas laderas del otro lado comienza la Siberia.

Alejandro de Humboldt estaba sentado en un rincón del coche, sin pronunciar una palabra. No el pensamiento original que siente todo el mundo al acercarse á los límites de dos partes del mundo, no este sentimiento era solo el que ocupaba su mente; tampoco la fría observación del naturalista, que compara estas cordilleras con otras de Europa y América, sacando de la formación de las montañas las especies de rocas que constituyen toda la cordillera. Nada de esto; pues por poco que dominara generalmente el sentimentalismo en el gran viajero, en el gran naturalista y observador; en aquel momento sobresalía poderosa y excepcionalmente á todo lo demás en Humboldt.

—Aquel grupo de cerros, dijo el administrador de minas, el Sr. *Menschenin* que iba en el mismo coche de Humboldt y *Ehrenberg*, señalando á una parte mas elevada de la cordillera del Ural; *ocho Verstes* (1) detrás de *Bisserkaja*, llamado *Masjaskaja-Gora* tiene una altura de 973 pies. El otro,  $7\frac{1}{2}$  *Verstes* de este lado *Klenowskaja*, llamado *Klenowskaja-Gora*, tiene 194 pies.

Humboldt no le escuchó. Las lejanas montañas le decían: «Detrás de nosotras comienza un país que se llama la *Siberia*; un país, con cuyo solo nombre se estremecían dolorosamente miles de miles de hombres, sin haberlo visto jamás: un país, cuyo suelo frío y estéril

(1) Un Verste equivale á 1,067 metros.



ha sido regado con mas lágrimas, que cualquier otro del mundo; un país que está dedicado á la maldicion de miserables desgraciados; un país, que ha despedazado miles y miles de corazones y donde palpita tambien un corazon jóven, que acaso en este momento hace recuerdos de su madre, á la que mata el dolor y la desesperacion.»

—¿Qué es esto! preguntó en ese momento Ehrenberg.

Era una escena original que se presentó á su vista. En el camino, delante del coche, caminaban de sesenta á ochenta mugeres y niñas, pertenecientes segun sus vestidos, sucios y rotos en desórden y cubiertos de polvo, en parte á la clase baja y en parte á la alta sociedad. No estaban libres, sino que caminaban á los dos lados de una larga cuerda, en la cual estaban atadas con una mano. Un gran número de Bachquiros las escoltaban. Estos iban á caballo, armados con lanzas, arcos y flechas, y tenian un aspecto terrible con sus gorros agudos, capas de pieles, cuerpos huesudos, facciones salvajes, ojos pequeños, narices abultadas, orejas largas, cabellos enmarañados y caras de color de olivo. (1)

—Estas son *deportadas*, dijo Menschenin con frialdad é indiferencia, como si se tratara de una manada de animales.

(1) Virje al Ural &c. parte I., pág. 110.

—¿Deportadas? repitió Ehrenberg; ¿qué significa esta palabra?

—¿No habeis oido jamas esta expresion? dijo Menschenin sorprendido. Son desterradas para la Siberia. En todas las estaciones se han construido en el camino para la Siberia, casas rodeadas de empalizadas, donde pasan la noche los deportados; cada cuartò dia descansan, porque sin esto no soportarian esta distancia inmensa hasta el interior de la Siberia; con todo esto mueren centenares. Encontraremos una multitud de estas deportaciones.

—Lo que no es muy agradable, dijo Ehrenberg.

—A esto debe uno acostumbrarse, dijo Menschenin.

En la tarde del mismo dia llegaron á la ciudad de Kungur, que tenia una hermosa situacion en la pendiente de una montaña, cerca de la desembocadura del Iren en el Sülna, con el cual aquel rio se reune con el Kama. En las cercanías de aquella ciudad estaba la célebre *cueva de hielo*, uno de los fenómenos mas grandiosos y característicos de la naturaleza del Norte; por este motivo se detuvieron los viajeros para visitarla.

La pendiente en la cual se hallaba la entrada de la cueva, consistia en yeso puro, que encerraba grandes capas de piedra calcárea.

Con hachas y una cuerda larga que debian ir desenrollando, bajaron á la cueva. El punto donde encendieron las hachas, formaba una bóveda que conducia á



una abertura bastante estrecha. Por ésta se metieron arrastrándose y siguiendo á un guía, hasta que llegaron á la primer gruta de una longitud de 126 pies. El suelo estaba cubierto con fragmentos de rocas y á los lados habia grandes grietas. El fenómeno era hermoso, pero Humboldt ya habia visto muchas cuevas de esta clase; mas luego fué sorprendido por otro fenómeno. Algunos pasos mas adelante todos se detuvieron llenos de admiracion. Habian entrado á una segunda gruta, que les pareció un palacio encantado de los cuentos de «Las mil y una noches.» La bóveda y las paredes brillaban á la luz de las hachas, como si estuviesen cubiertas de innumerables cristalizaciones, con todos los colores del arco-íris; predominando siempre el color del Norte, el blanco monótono, pero que se dividia en millares de rayos de colores. En todas partes se veian las rocas cubiertas de hielo, en forma de agujas y lanzas bien ordenadas. Eran prodigiosas figuras de cristales de hielo. Pero aun habia mas. Llegaron á un tercer departamento que subia hasta 180 pies. Allí parecia haber fijado el dios subterráneo su residencia, porque todo era hielo, elevándose á un lado un gran cerro congelado que á pesar de la estacion de verano se parecia á un ventisquero.

¡Allí era el interior de la tierra, allí era el reino del frio, de la soledad y de la muerte!

—Maravilloso fenómeno, exclamó Humboldt. Esta cueva me recuerda justamente por su contraposicion,

aquella cueva encantadora en la América Central, la cueva del Guájaro, donde la vegetacion de los tropicos, que se extiende hasta muy al interior de la misma cueva convirtiéndola en un agradable jardin, le da un carácter muy original. Allí el calor del Sur, vida vegetal y animal en grande escala..... y aquí..... aún debajo de la tierra y en medio del verano: ¡el frio del Norte, el entorpecimiento y la muerte!

Los viajeros resolvieron ir mas adelante; entraron á una cuarta gruta de mayores dimensiones. Grandes columnas de hielo se elevaban allí perpendicularmente del suelo hasta la bóveda, á la cual parecian servir de puntos de apoyo; luego pasaron por entre grandes masas de piezas de hielo, sobre superficies heladas, llegando á una distancia de 300 pies á otras columnas de hielo. Allí se hallaba la bóveda á una altura considerable, y en dos partes se levantaban perpendicularmente huecos cuyo extremo no alcanzaba la vista.

Humboldt conoció que estos huecos debian haberse formado de corrientes de agua, aunque estaban cerrados arriba probablemente por hielo y tierra.

Al fin llegaron los viajeros á una distancia de 3,750 pies á una laguna, que se extendia mas allá de las bóvedas de rocas. Tambien estaba congelada y pasando por ella, encontraron otra á una distancia de 720 pies.

Habia algo de muy lúgubre en estos paisajes subterráneos de hielo, en esta Siberia debajo de la tierra; pero



lo congojoso y lúgubre se aumentó á la vista de una cruz de piedra, que encontraron allí los viajeros, y cuyo origen enigmático señalaba las épocas mas terribles y sangrientas de la Rusia.

Humboldt preguntó lo que significaba, pero nadie queria dar razon, cuando una voz ronca contestó:

—Te lo diré, hombre, pero debes tener oídos para escuchar.

—¿Qué es esto? preguntó Menschenin á los guías, en el idioma ruso.

Estos rieron y dijeron en el mismo idioma, alumbrando con las hachas el punto de donde salía la voz:

—Es el *animal loco*. Un deportado que vive hace años en esta cueva.

En efecto, vieron allí, no lejos de la cruz entre las rocas y sentada en cuclillas, una figura humana envuelta en viejas y sucias pieles de oveja, de manera que se le veía solo la cara y una parte de los desordenados cabellos; pero la cara parecía mas bien la de un muerto, que la de un sér viviente.

—Ah, sí, dijo Menschenin, ya me acuerdo.

—¿Y quién es? preguntó Humboldt.

—¡Un desgraciado! contestó Menschenin en voz baja; pero con mas compasion de la que habian esperado los viajeros. Es el poeta Maikowskoi, amigo de Puchkins. Despues de haber vivido mucho tiempo en Alemania,

volvió á Rusia con ideas de libertad. Su voz se hizo oír con una audacia tal, que le llevó en los primeros seis meses á la Siberia. Despues de tres años lo indultaron por la mediacion de Puchkins, pero esta noticia le encontró en el último período de melancolía; perseguido por sus espíritus lúgubres y en parte entregado á la demencia huyó á esta cueva.

—¡Pero, cielos! exclamó Humboldt; ¿cómo es posible que viva aquí?

—Qué lo puede y cómo lo puede vereis aquí, contestó Menschenin. Los habitantes de los alrededores que le llaman *animal loco*, pero que le demuestran un respeto supersticioso, le ponen cada semana su alimento á la entrada de la cueva.

—¡Lo que significa la cruz! volvió á gritar el desgraciado, dirigiendo sus ojos hundidos y ardientes hácia Humboldt; ¡te lo diré, hombre!

—¿Y bien? preguntó Humboldt, observando que el desgraciado, que un dia habia sido uno de los hombres de mas talento y que entónces era el mas desgraciado entre los mortales, tonia algunos momentos lúcidos.

—Vaya, contestó este, es una historia antigua; pero que suele reproducirse todavía hoy en el dia, aunque no de un modo tan sangriento.

Menschenin hizo seña á Humboldt de que se iba á alejar por algunos momentos..... porque como empleado ruso no queria ni podia escuchar lo que iba á contar el desgraciado.



—¿Y la cruz? repitió Humboldt.

—Hubo un día en Rusia un monstruo, dijo el demente; se llamaba czar Ivan Wassiljewich. Neron y Calígula se hicieron proverbiales por sus crueldades; ellos eran niños inocentes en comparación de este tirano sanguinario. Su pariente, Wladimiro Andrejivitch, había ambicionado el trono, pero recibió al perdón aparentemente; mas Ivan no dejó de temerle, á fuer de buen tirano no lo olvidó, aunque no tuvo el valor suficiente para quitarle de enmedio. ¡Ha! ¡ha! debía haberle mandado á la Siberia! Ivan Wassiljewich encargó á su primo una misión á Costarmea y Nowgorod, donde le recibieron los habitantes y el clero con grandes demostraciones de honor y de estimación..... esto era *alta traición*. Cuando lo supo el czar Ivan, el Terrible, como le llamaba el pueblo, hizo traer á las autoridades á Moskowa, y las mandó ejecutar; convidó á su primo para la misma ciudad y le asesinó, lo mismo que á todos sus parientes y aun á sus domésticos. La madre del príncipe fué ahogada. Luego fulminó su cólera contra Nowgorod. Primeramente mandó sus verdugos, una furiosa soldadesca, á Tiver; estos saquearon la ciudad y asesinaron á sus habitantes; martirizaron, mataron y colgaron por mero pasatiempo. La misma suerte les cupo á Medny, Torchock, Volotschk y todos los lugares que están hasta el Ilmen. En todas partes dominaron el fuego y la espada. El que encontraban en el camino debía morir, porque la expedición de terror á Nowgorod, man-

ñada por Ivan, había de quedar en secreto para la Rusia y todo el mundo.

Humboldt le quería interrumpir; pero el demente no le dió tiempo, y prosiguió:

—Cuando el czar hubo entrado á Nowgorod saquearon las iglesias y conventos; los clérigos y monjes fueron martirizados y ejecutados. El czar mandó erigir un tribunal y diariamente fueron llevados ante él de 500 á 1,000 habitantes. Fueron golpeados, martirizados, quemados con un fierro caliente, llevados á la orilla del Volchovs, y familias enteras, mujeres con sus maridos, madres con sus hijos, precipitados desde el puente al agua. Muchos esbirros andaban en canoas por el río, armados con harpones de pescadores y hachas, con lo que hacían pedazos á las víctimas que volvían á aparecer en la superficie, en presencia de Ivan que con gusto miraba esta horrible carnicería. Cinco semanas duró esta y concluyó con un saqueo general, incendio y destrucción.... 60,000 personas perecieron en esta horrible hecatombe del buen czar Ivan, y el río Volchovs detenido en su curso por los cadáveres, no los pudo arrastrar por algún tiempo con su corriente hasta el lago Latoga.

«Desde aquellos puntos dirigió el noble czar su cólera hasta Kasan y Wiaetka, aunque estas ciudades fueran enteramente inocentes. Encontró en el camino á un monje: Salos Nicola. Cuando este vió acercarse el czar, le ofreció como regalo un pedazo de carne cruda. El monarca contestó, que era cristiano y no comía carn



en la cuaresma. Entónces repuso el ermitaño: «Tú haces cosas peores, te alimentas con la carne y sangre de tus súbditos. ¡La maldición de Dios caiga sobre tu cabeza, si derramas siquiera una gota de sangre en una de estas ciudades!» Esta amenaza atemorizó mucho al cobarde tirano..... temblando se alejó..... y..... solo mandó saquear á Kaftan; á los habitantes los encerró en esta cueva de hielo; mandó cerrar la entrada con cal y canto, y de este modo murieron todos de hambre y frío..... ¡No había derramado ni una gota de sangre!

—¡Oh callad, exclamó Humboldt; esto es horrible!

—*Estos eran los primeros deportados*, continuó el hombre de las pieles; y en su memoria pusieron esta cruz. Yo vivo debajo de ella, porque trato, como poeta, de hacer un poema de esta historia..... pero..... mis pensamientos se confunden frecuentemente..... y se me van. Por mucho tiempo tengo aún que meditar sobre esto. Pero el czar Ívan: Wissilijewitsch, el buen czar; á quien la historia llama *el Terrible*, volvió á Moskowa: Allí mandó levantar en una plaza pública diez y ocho horcas, y á su lado hogueras y muchos hermosos instrumentos de tormento; allí había grandes sartenes para asar hombres..... hornos para cocerlos ..... clavos agudos, largos agujones..... ¡hál ¡hál ¡hál! Y el infeliz rió de un modo terrible.

Humboldt y sus amigos iban á alejarse, pero el pobre loco detuvo al primero, asiéndole de la casaca, y se quedó por compasión. Lo mas terrible para él era el

pensamiento de que todo lo que decia era la verdad pura.

—Se cortaron á los hombres las articulaciones..... continuó el demente, se les aserraron con cordeles delgados en dos partes, se les cortaron vivos aún correas de su piel. Moskowa se horrorizó; mientras seguian las orgías en el palacio, pasando el czar el tiempo con sus verdugos y payasos, ó tambien en hacer matar á los hombres por los osos.

—¡Basta! exclamó entonces Humboldt con gravedad; la historia y la lengua del hombre no tienen palabras para tales crímenes, que puedan expresar todo su horror. Por eso, callad sobre estos monstruosidades, que ya pertenecen al dominio de lo pasado.

Pero el demente movió la cabeza con una sonrisa espantosa y dijo:

—No debo descansar, y miles de seres no lo deben.... ¿entendeis? ..... miles de deportados..... que están errantes, cuando descansan en los campos de hielo y los desiertos. Es preciso que escucheis hasta el fin la historia del buen czar Ivan, en cuya memoria está aquí la cruz. Para aumentar las desgracias, perdió en aquella época la tierra su fertilidad. Resultó carestía y hambre, y la peste se entronizó en aquel país, donde reina el invierno con furia, de manera que la lumbre no puede arder bajo los vapores congelados; *en seis diversos periodos ejecutó esta clase de asesinatos el czar Ivan*. Y luego mató en su cólera á su propio hijo, y murió maldecido del pueblo,



podriéndose aun en vida..... Este era Ivan Wassilijewitsch, el noble czar que envió los primeros deportados para acá..... y la deportacion, señor, está ahora de moda!

Y Maskowskoi rió, alejándose como un furioso, y sus carcajadas eran repetidas fatídicamente por los ecos de los centenares de diversas grutas, que en varias figuras formaban el total de la cueva.

Humboldt y sus compañeros estaban entorpecidos física y espiritualmente; sabian bastante de este reino de la muerte y del horror, del entorpecimiento y de la noche. ¡Ya ansiaban la luz, el aire libre, calor y libertad!

Habian hecho bien en seguir el ejemplo de Ariadna, pues sin el cordon desenrollado no hubieran podido encontrar la salida; porque en todas partes se vieron fragmentos caidos, nuevas cuevas, grutas y abismos.

El corazon de Humboldt estaba triste. Pensó en varias cosas: en la madre desesperada, en su hijo solitario, en miles y miles de hombres desgraciados. .... en un noble corazon de poeta que se hallaba carbonizado..... y en la humanidad, sobre la cual se habian desplomado tantos terribles tormentos..... y..... sobre la cual caian aún sus negra sombras!

#### CAPITULO IV.

##### Una noche en la casa del gobernador de la Siberia Occidental.

El sol se inclina á su ocaso. Sus últimos rayos, estan dorando la catedral de Tobolsk, que situada en un cerro alto, anuncia al caminante desde lejos la *capital* de la Siberia Occidental.

Empero el brillo del sol que se despide, ilumina tambien al pié del cerro otro objeto que desde tiempos remotos ha tenido para los caminantes una gran significacion; ya terrible, ya halagüeña. Este objeto es una barca que pasa á los que vienen del interior de la